

## la muerte y el segundo sexo

Harare (Zimbabue) y Nigeri Village (Kenia). **sipewe** Mhakeni empleaba hierbas del árbol del Mugugudhu. Después de moler los pedúnculos y las hojas, mezclaba con agua nada más que un pellizco de ese polvo de color arena, lo envolvía en un jirón de una media de nylon y se lo introducía en la vagina por espacio de entre 10 a 15 minutos. Las hierbas hacen que se hinchen los suaves tejidos vaginales, la excitan y la resecan. Eso hace que mantener relaciones sexuales sea «muy doloroso», afirma Mhakeni, pero, añade, «a nuestros maridos africanos les gustan las relaciones sexuales con la vagina seca». Muchas mujeres están de acuerdo en que el «sexo en seco», que es como se conoce esta práctica, hace daño. Sin embargo, es corriente por toda la parte sur de África, allí donde la epidemia de SIDA es peor que en cualquier otro lugar del mundo. Investigadores que han realizado un estudio al respecto en Zimbabue, donde vive Mhakeni, han tenido dificultades para encontrar un grupo de seguimiento compuesto por mujeres que no llevaran a cabo ninguna de las variedades de esta práctica sexual.

Algunas mujeres se resecan la vagina con *mutendo wegudo* -tierra con orina de mandril-, que obtienen de los curanderos tradicionales; por su parte, otras usan detergentes, sal, algodón o un trozo de papel de periódico. Las investigaciones concluyen que el sexo en seco provoca heridas vaginales y elimina las bacterias naturales de la vagina, y que uno y otro efectos multiplican la probabilidad de infección por el VIH. Algunos de los que trabajan en el tema del SIDA creen además que la fricción extra hace que los preservativos se rasguen con mayor facilidad. El sexo en seco no es la única forma en que las africanas subordinan su seguridad sexual a la satisfacción masculina. En determinadas culturas, la vagina de la mujer se estrecha mediante el procedimiento de coserla hasta cerrarla casi por completo. No obstante, los métodos son más sutiles en la mayor parte de las sociedades africanas: a las chicas se les acostumbra a someterse a las iniciativas sexuales de los varones. Prisca Mhlolo se encarga del consultorio de The Centre (El centro), una gran organización de seropositivos zimbabueños. «Ni siquiera te permiten preguntar «oye, ¿vamos a mantener relaciones sexuales?» -advierte-, así que resulta impensable plantear el uso de preservativos». Mhlolo habla tanto desde su experiencia profesional como desde la personal. Ella es seropositiva, infectada por su marido, ya fallecido. Este, a medida que el SIDA destruía su sistema inmune, empezó a padecer herpes, que terminó por manifestársele en el pene con úlceras sangrantes. Mhlolo le propuso usar

## [sida la agonía de África] parte 5

preservativos, «pero él me respondió «ahora que estoy enfermo, te has buscado un amiguito». Resultó todo muy difícil». Mucha gente se resiste a hablar sobre las prácticas sexuales de determinadas culturas en particular porque se trata de un tema que levanta susceptibilidades y que, en África, está cargado de connotaciones raciales. Los blancos han caricaturizado la sexualidad africana durante siglos, al encasillar a los negros como unos animales en el terreno sexual, y algunos blancos todavía comentan en privado que ésa es la razón por la que el VIH está en plena expansión entre los africanos. Sin embargo, todos esos estereotipos yerran en el punto más importante, que no es la libido en sí misma sino la cultura en cuyo seno dicha libido se manifiesta.

El VIH se propagó en el seno de la comunidad homosexual norteamericana porque era habitual mantener relaciones sexuales anales con muchos compañeros y el virus se introdujo en el ejército tailandés porque los soldados eran clientes habituales de las prostitutas. En Bombay, donde el SIDA ha crecido de manera fulminante, los caseros se cobran en sexo el pago de los alquileres. Aparte del consumo de drogas, son los privilegios sexuales masculinos los que hacen que avance la epidemia. Estudios realizados en muchas culturas diferentes demuestran que los hombres tienen por término medio más compañeras y que mantienen más relaciones sexuales fuera del matrimonio que las mujeres. Puesto que el hombre eyacula dentro de la mujer, resulta más probable que los hombres transmitan el virus, mientras que las mujeres corren más riesgos de contraer el VIH sin transmitirlo. Hasta ahora, los hombres han superado a las mujeres en el número de casos de VIH, en parte porque tener más compañeros sexuales implica mayores oportunidades de encontrarse con el virus. Sin embargo, estadísticas recientes indican que, en el África subsahariana, el 55 % de todos los infectados son mujeres. Por supuesto, África alberga millares de culturas, algunas de las cuales se rigen por códigos sexuales estrictos.

No obstante, los papeles que el sexo en seco asigna a cada uno de los géneros son corrientes a muchas de las sociedades subsaharianas: las mujeres no están en condiciones de negociar las relaciones sexuales y, por lo tanto, deben correr los riesgos de una infección para complacer al hombre. De hecho, son muy escasos los frenos y equilibrios a disposición de las mujeres frente al comportamiento de los hombres. Esta brutal desigualdad «es parte de nuestra cultura - puntualiza Mhlolo- y nuestra cultura es parte de los motivos por los que el VIH se está propagando». El África actual se encuentra muy lejos de sus comunidades tradicionales, herméticamente cohesionadas, que imponían obligaciones a los hombres, en su mayor parte, en favor de sus mujeres. África es también muy diferente de occidente, donde las mujeres gozan de un grado de poder relativamente amplio. Muchos lugares del África contemporánea están suspendidos en un limbo que combina lo peor de ambos mundos y el VIH se ha aprovechado de ello. Por ejemplo, los hombres siguen con su mentalidad acerca de la poligamia, pero ahora tienen muchas compañeras mediante el recurso al sexo pagado o a las relaciones con queridas, lo cual deja de aportar la cohesión social de los matrimonios tradicionales. Sin embargo, el SIDA está obligando a un cambio en la cultura africana y, puesto que el virus se propaga en África principalmente a través de las relaciones heterosexuales, la transformación social de mayor calado consecuencia de la epidemia bien podría ser la

## [sida la agonía de África] parte 5

de las relaciones entre mujeres y hombres. Las mujeres podrían salir de la epidemia con un mayor poder y hay fuerzas poderosas que empujan para que eso ocurra. Pero existe también una reacción, un llamamiento para imponer una vez más restricciones a las mujeres, en nombre de un reforzamiento de las tradicionales culturas africanas y de la lucha contra el SIDA. Las disputas no se libran sólo en torno a las prácticas sexuales, sino también sobre las fuerzas más amplias, económicas y sociales, que mantienen a las mujeres en una posición subordinada y facilitan la propagación del VIH. El Banco Mundial informa de que las tasas de analfabetismo entre las mujeres del sur del Sahara son casi un 50% más altas que las de los hombres. A muchas niñas africanas se les impide la asistencia a la escuela porque se les encargan quehaceres domésticos que les llevan mucho tiempo, como ir a buscar agua y leña. De hecho, las mujeres de África trabajan muchas más horas que los hombres, y mucho más.

Estudios realizados en Ghana y Tanzania demuestran que las mujeres de las zonas rurales, que por lo común acarrean pesos sobre la cabeza, transportan cuatro veces lo que los hombres y otros estudios indican que las mujeres realizan hasta el 90% de las labores de cava y arranque de malas hierbas. A pesar de ello, ganan mucho menos dinero que los hombres y raramente son dueñas de algo propio. En Camerún, por ejemplo, menos del 10% de los títulos de propiedad de tierras pertenecen a mujeres. Las mujeres de África se ven asimismo privadas de autoridad. Precisamente este año, el Tribunal Supremo de Zimbabue determinó en una sentencia que las mujeres no gozan, en el seno de la familia, de una condición o unos derechos superiores a los de un «varón joven», por lo común, un adolescente. Si una mujer desea emprender un viaje, explica Thoko Matshe, directora del Centro de Recursos de las Mujeres en la capital, Harare, «tiene que sentar a su marido, conseguir que el tipo se ponga de buen humor y pedirle permiso para partir. Si ni siquiera tienes capacidad de gestionar este tema, tampoco tienes capacidad de gestionar el de las relaciones sexuales». En la mayoría de las culturas tradicionales subsaharianas, los hombres pagan un precio por sus mujeres, lo que les autoriza a dominar la relación. El concepto mismo de violación en el seno del matrimonio no existe en la mayor parte de África y hasta las tías, las consejeras tradicionales de muchas jóvenes esposas africanas en materia de matrimonio, les inculcan a las mujeres que no pueden negarse a mantener relaciones sexuales con su marido.

Thoko Ngwenya, del Proyecto Musasa, de Zimbabue, que combate la violencia doméstica, explica cuál es la mentalidad: «Una vez que un hombre ha pagado la *lobola* -la palabra con que se designa la dote en varias lenguas del sur de África-, no es que fuercen a su mujer a mantener relaciones sexuales, es que simplemente están en su derecho». La subordinación sexual de las mujeres se inculca mucho antes de llegar a la edad adulta. Por ejemplo, de acuerdo con la tradición Shona, a las niñas se les enseña a estirarse los labios de la vulva para que se alarguen de manera que los hombres puedan jugar con ellos durante las caricias preliminares, aunque se da por hecho que las mujeres no tocan el pene de su

## [sida la agonía de África] parte 5

marido. De hecho, en determinadas culturas, la circuncisión femenina elimina la parte sexualmente más sensible del cuerpo femenino, el clítoris. «Para las mujeres - sostiene Caroline Maposhere, de la Women and AIDS Support Network (Red de Mujeres y Apoyo contra el SIDA), de Zimbabue-, la sexualidad no existe; sólo la fertilidad». Irónicamente, la prohibición en contra de que las mujeres participen de manera plena y activa en las relaciones sexuales es capaz por sí misma de fomentar la propagación del virus. Eliot Magunje dirige grupos de asesoramiento a hombres en The Centre. Oye quejarse a los hombres de que la pasividad de sus mujeres «destruye los placeres de las relaciones sexuales; ella está ahí echada, como si fuera un palo. «¿Por qué vamos de putas?», preguntan los hombres. «Porque una prostituta es exactamente lo que ando buscando. Mi mujer no sirve más que para cocinar y fregar». Naturalmente, las relaciones entre hombres y mujeres son más complejas en la vida real. Jane, una zimbabueña que pidió que no se mencionara su apellido, dice que «si tu marido te exige relaciones sexuales, no te está permitido negarte pero, en la práctica, se establecen una comunicación y un entendimiento entre uno y otro».

El problema estriba en que esa comunicación se establece en un campo profundamente inclinado en favor del hombre. Jane, por ejemplo, se enteró de que su marido tenía por su cuenta una amiguita y se atrevió a dar el paso de pedirle que se pusiera preservativo. «Mi marido me contestó que él no usaba preservativo con su mujer -recuerda Jane-, así que creo que ése es el motivo por el que he contraído la infección». Ella no es la única.

Un estudio realizado en Zimbabue descubrió que más de la mitad de las mujeres con enfermedades de transmisión sexual habían contraído sus dolencias a través de sus maridos. El matrimonio, afirman muchos de los que trabajan en el tema del SIDA, es un factor de riesgo. Informes no sistemáticos indican que el sexo en seco es cada vez menos común entre la población joven urbana y educada. Pero también hay fuertes llamamientos a que se rechace el reparto de papeles entre los géneros a la manera occidental, del que se dice que resulta castrante para los hombres. Incluso en las ciudades, afirma Matshe, «la cosa anda al 50%». Por supuesto, los africanos todavía viven, en su gran mayoría, en zonas rurales o ciudades pequeñas. Además, los cambios de las costumbres sexuales no son nunca fáciles, en parte porque afectan a puntos fundamentales de la identidad personal y de los papeles sexuales. No resulta sorprendente que a los hombres les guste el sexo en seco: los tejidos hinchados empequeñecen la vagina y, en consecuencia, hacen que el hombre sienta que lo tiene de mayor tamaño. Además, algunos hombres (y mujeres) encuentran repugnantes las secreciones vaginales, en tanto que a otros les disgusta el ruido del sexo húmedo. Además, una vagina que esté demasiado húmeda y holgada puede ser interpretada por muchos hombres como signo de infidelidad. Con todo, algunas mujeres también prefieren el sexo en seco. Mhakeni dejó de hacerlo exclusivamente porque es seropositiva y quiere protegerse de con-

## [sida la agonía de África] parte 5

traer cualquier enfermedad de transmisión sexual que pueda debilitar su sistema inmune. A pesar del dolor del sexo en seco, ella se muestra a favor. «Es nuestra cultura», explica. Luego añade una razón que los investigadores y los que trabajan con el SIDA dicen que oyen sin cesar una y otra vez: «Si no uso hierbas, mi hombre se irá con cualquier otra». De hecho, Mhakeni vende esas hierbas y las mujeres las compran, por más que ella les advierta de los riesgos.

«Dicen que no importa si el VIH les es inoculado por el marido, porque, por lo menos, van a seguir casadas». Fanuel Adala Otuko tiene toda la pinta de ser el jefe del pueblo lúo de Kenia: ya mayor, anda más derecho que un palo y le faltan seis dientes de la parte de abajo, que le quitaron cuando tenía 12 años, como un rito de iniciación.

«Duele -confiesa-, pero no puedes llorar». Los lúos ya no les extraen los dientes a sus hijos, pero Otuko y otros ancianos quieren restablecer algunas de las demás tradiciones lúas, en especial aquellas que creen que podrían retrasar la propagación del VIH, que se ha cebado en su pueblo. En Kenia, la tierra de los lúos es una de las zonas más castigadas del país, con una tasa de infección que se dispara hasta el 20% entre los adultos de Kisumu, la ciudad en la que vive Otuko. Los que trabajan con el SIDA por toda África están empezando a apuntar hacia el comportamiento masculino. En lo que se refiere a Kisumu, lo que más les preocupa son los pescadores de las riberas del Lago Victoria, que atraen a las jovencitas a base de dinero. Sin embargo, Otuko y otros ancianos lúos se centran en las mujeres.

Los ancianos, por ejemplo, quieren restablecer el ideal de la virginidad femenina. De acuerdo con la tradición, una docena o más de mujeres casadas acudían a la casa de los recién casados en la tarde del día de la boda para comprobar que hubiera sangre, que pasa por ser un signo de la virginidad de la mujer. También examinaban al hombre, no su virginidad, sino su habilidad sexual. «Dan testimonio de que ella tiene un hombre normal -explica Otuko-, un hombre que puede tener relaciones sexuales con ella». Los ancianos quieren asimismo que se adopten medidas más agresivas. En contra de las recomendaciones de la mayoría de los trabajadores de la sanidad pública, quieren que se identifique a las seropositivas y que se les impongan determinadas restricciones. «Tendrían que estar controladas, mantenidas en cuarentena en unos lugares determinados», opina Otuko (sólo cuando se le pregunta, añade que esas restricciones podrían aplicarse igualmente a los hombres). «El SIDA es algo grave -declara-. No tiene cura. Así pues, la gente tendría que evitar el contacto con mujeres infectadas y, especialmente, el contacto sexual». Ahí está el problema, porque una de las más veneradas tradiciones lúas implica que se mantengan habitualmente relaciones sexuales con las viudas, y el SIDA ha provocado una proliferación de

## [sida la agonía de África] parte 5

viudas. Al igual que en muchas culturas del este y del sur de África, los lúos practican lo que, de uno u otro modo, se traduce por «protección del hogar» o, más corrientemente, por «herencia de las viudas». Cuando muere el marido, uno de sus hermanos o de sus primos ha de casarse con la viuda. Esta tradición garantizaba que los niños seguirían perteneciendo al clan del marido fallecido -a fin de cuentas, se había pagado una dote por la mujer- y aseguraba también que alguien se haría cargo de la viuda y sus hijos. Cuando el protector toma a la viuda, se cree que la relación sexual la «libera» a ella de los demonios de la muerte. Una mujer que se negara a aceptar un protector atraería la «chira» -la mala suerte- sobre todo el clan. Como es natural, si el marido ha muerto de SIDA, la viuda le va a transmitir el virus, a buen seguro, a su protector. Millicent Obaso, una trabajadora de la sanidad pública, de raza lúu, enrolada en la Cruz Roja, afirma que «nos encontramos con casas en las que han muerto todos los hombres a causa de esto de la herencia de las viudas».

El peligro que supone para los herederos no es más que una de las razones por las que el SIDA está poniendo en cuestión esta tradición. Se supone que los protectores van a proporcionar ayuda pero hasta los ancianos reconocen que los herederos toman a las viudas muchas veces sólo para satisfacer sus deseos sexuales o para quedarse con sus bienes. Según la tradición, el protector debe tener ya su propia esposa por lo que, con independencia de las intenciones que pueda tener, la pobreza suele llevar a que sea imposible mantener una segunda familia. Anna Adhiambo ha vuelto al lugar en el que vivieron ella y su marido: en la aldea de Ngeri, en una fértil ladera que descende hacia la azul extensión del lago Victoria. Es la primera que regresa allí desde que la familia de su marido, ya fallecido, le obligó a abandonar aquellas tierras hace dos años. Su marido murió de SIDA en 1996 y ella fue adjudicada en herencia a uno de los primos. Ella tenía la esperanza de que el hombre le ayudara a mantener a sus tres hijos y pagara los gastos escolares (la educación, al igual que en la mayor parte de los países africanos, no es gratuita en Kenia).

Pero él era un pescador que ya tenía su propia familia y «cada vez que volvía del lago -recuerda Anna-, decía que no tenía bastante para todos. Siempre la misma cantinela». Discutían con frecuencia y, cinco meses después de ser heredada, Anna decidió separarse de él. Las consecuencias fueron inmediatas y crueles. Un grupo de hombres del clan les conminó a ella y a sus hijos a irse de allí al día siguiente. Ella recuerda que la llamaron «ochot», que quiere decir puta que «anda de mano en mano». Cuando ella les pidió «iros, por favor, y dejadme en paz en mi casa», recuerda que uno de sus cuñados le contestó: «Esta casa es nuestra. No me contestes así de mal porque, si lo vuelves a hacer, te voy a atizar». Consolata Atieno es la suegra de Anna. Ha estado alisando las paredes de tierra de una choza nueva y, mientras habla, el barro, endurecido en sus manos, se seca y se cuarteo. Anna «violó la tradición, rompió un tabú -afirma-, así que tuvimos que echarlos, a ella y a sus hijos. Para nosotros, los muebles y los enseres de la casa eran de mi hijo, así que nos los llevamos. Anna no

## [sida la agonía de África] parte 5

los había comprado. Además nos quedamos la tierra: parte se la dimos a mis otros hijos, parte la hemos vendido. En nuestra tradición, una mujer es propiedad de la familia de su marido. Él la compró al pagar la dote». Al no poder cultivar sus tierras, Anna se saca en la actualidad menos de diez dólares al mes a base de trabajos esporádicos en la ciudad vecina. El Akado Women's Group (Grupo de Mujeres de Akado), una organización local, le presta alguna ayuda pero, de momento, sólo uno de sus tres hijos va a la escuela.

¿Cómo se siente Atieno ante los padecimientos de sus nietos? «Cuando Anna decidió lo que decidió, tenía que haber pensado en las consecuencias». Pero, si Anna no puede mantenerlos, sus hijos van a correr mayores riesgos de continuar con el ciclo de la infección. Un estudio realizado en Zambia, por ejemplo, descubrió que la falta de educación multiplicaba por cuatro las posibilidades de que una mujer contrajera el VIH. Otuko y los ancianos creen que la «protección del hogar» podría reforzar la unidad de familias como la de Anna. Lo que los ancianos pretenden es despojar a esta tradición de su componente sexual y transformarla en lo que ellos denominan «herencia simbólica». Puntualizan que la limpieza sin connotaciones sexuales se practicaba también con las viudas de mayor edad, que habían pasado ya la menopausia.

En determinadas zonas de Zambia y Zimbabue, han ganado terreno ritos simbólicos de este tipo. Oriare Nyarwath, profesor de filosofía de la Universidad de Nairobi, cree que la herencia sin implicaciones sexuales podría contribuir a «una digna muerte de esta costumbre, sin que la gente se sintiera desamparada desde el punto de vista cultural». No obstante, advierte, hasta la protección simbólica implica que las mujeres están subordinadas al hombre y dependen de él. «La cultura es patrilineal y patriarcal -añade-. La mujer se traslada a vivir a la casa del hombre, la mujer se adapta a la cultura del hombre, así que, necesariamente, la mujer no está en pie de igualdad con el hombre». La desigualdad más perniciosa es la pobreza, que no es, bajo ningún concepto, un fenómeno exclusivamente africano. De los 1.300 millones de personas que, en el mundo, viven en la pobreza más abyecta, el 70% son mujeres y, en su gran mayoría, se encuentran con los mismos problemas básicos que las mujeres africanas. «En las sociedades preindustriales, las mujeres se quedan reducidas a su papel reproductor», afirma Geeta Rao Gupta, presidenta del ICRW (International Center for Research on Women, o Centro Internacional de Investigación sobre la Mujer). En los numerosos estudios realizados por el ICRW sobre el VIH, las mujeres de Latinoamérica, Asia y África manifiestan que no se atreven a insistir en unas relaciones sexuales más seguras o que no se oponen a las relaciones sexuales dolorosas por miedo a ser abandonadas por su maridos y a caer en la indigencia. No es, pues, de extrañar que, en un estudio sobre 19 países, el ICRW descubriera que la tasa de VIH era más alta cuanto más baja era la consideración de la mujer. Pocos lugares existen en los que la pobreza sea más terrible que en las barriadas de las afueras de Nairobi, inmensas colmenas de chabolas de hojalata, cloacas al aire libre y apestosas calles cubiertas de basuras. En Korogocho, uno de los barrios más pobres y humildes, un laberinto de estrechas callejuelas lleva hasta una choza de una sola habitación en la que el aroma de un potaje de verduras que se cuece lentamente en una fogata pugna por imponerse al hedor de aguas residuales que se cuece desde el exterior. Este es el hogar de Mary, que ha rogado que no se utilice su apellido. Dos niños muy pequeños -el séptimo hijo de Mary y su primer nieto- están acostados en una cama.

## [sida la agonía de África] parte 5

Hace tan sólo una semana, uno de los clientes de Mary -que le paga nada más que 75 centavos por servicio- le abofeteó en la cara cuando ella le pidió que se pusiera un condón. «No me puedo comer un caramelo con el papel de encima», repuso él. Al recordar que, ocho años atrás, su hombre le pegaba tales palizas que se quedaba imposibilitada de trabajar durante los dos días siguientes, ella le dejó hacer a aquel cliente tan violento. Es posible que éste termine pagando con SIDA su satisfacción sexual, porque Mary es seropositiva.

Mary no nació en estos suburbios, sino en el campo, a 100 kilómetros de Nairobi. Allí, la fértil tierra rojiza nutre las anchas hojas verdes de las plataneras, las ondulantes matas de los cafetales y las cañas de amarillentos penachos de los maizales. La madre de Mary, Beth, está sentada en una choza, cuya puerta se mantiene abierta sostenida por un machete, y explica por qué se marchó su hija. Su relato se corresponde punto por punto con el que dio su hija por separado. La historia que cuentan es como una alegoría de hasta qué punto la falta de poder de las mujeres fomenta la epidemia de SIDA. El marido de Mary «era un borracho», dice Beth. Le daba a Mary una paliza prácticamente cada semana, le quemaba la ropa y no le daba de comer. En cierta ocasión en que estaba vapuleando a Mary se puso por medio uno de los hijos, una niña. El marido apartó violentamente a la niña, de siete años, que fue a parar contra una roca, se produjo una lesión pulmonar y tuvo que ser hospitalizada durante dos semanas. Mary se fue con sus padres. Al principio, el padre de Mary, que murió hace ahora un año, la acogió de buen grado en la casa.

Sin embargo, a los pocos días se dio cuenta de que Mary y sus hijos eran unas nuevas bocas más que alimentar. Recuerda Mary que «mi padre me dijo que él ya tenía sus propios hijos, así que éramos una carga para él, que cogiera los bártulos y que me largara». Hay miles de mujeres como Mary en Nairobi, por no hablar de todo el resto de África, y, para que contribuyan a cambiar la tendencia de expansión del VIH, necesitan mucho más que estar informadas del SIDA. «Las mujeres con las que trabajo sostienen que prefieren morir de SIDA el día de mañana que de hambre hoy», declara Ann Waweru, directora del VWRC (Voluntary Women's Rehabilitation Centre, o Centro de Rehabilitación Voluntaria de Mujeres), una organización que ayuda a las profesionales del sexo, Mary entre ellas, a encontrar otro tipo de trabajo. No resulta fácil. «La mayoría no tiene ninguna cualificación ni un lugar al que acudir para obtener un préstamo con el que abrir un negocio. Un hombre no carga casi nunca con niños, por lo que puede hacer trabajos esporádicos, sacarse 20 chelines y vivir con eso. Pero la mayor parte de las mujeres con las que trabajamos tienen hijos. La miseria las lleva a dedicarse al sexo por dinero». De acuerdo con las costumbres del pueblo kikuyu, cada uno de los hermanos de Mary recibió una parcela de tierra para que la cultivaran. Pero, al ser niña, Mary no recibió nada. Al principio, ella trató de quedarse en el pueblo y de atender a sus necesidades y a las de sus hijos a base de aceptar trabajos de poca monta como el de sacar agua del pozo y el de ayudar a la gente a cultivar sus campos. Pero a su padre eso no le gustaba y amenazó a Mary y a su madre con pegarles. Al cabo de seis meses, Mary se marchó a Nairobi con sus hijos y prácticamente sin nada más. En la ciudad, pasó la primera noche en casa de un amigo, que le dijo: «Voy a enseñarte la forma en que puedes sacar dinero». Mary se encontró con que esa noche tuvo su primer cliente y, recuerda ella, «yo estaba feliz porque me saqué un dinero para dar de comer a mis hijos».